



# ESTOY AQUÍ

Ilustrador Macarena Valdés

## El septiembre de mis emociones

Si tuviera que definir qué son las emociones, diría que son como niños juguetones. Irrumpen en tu vida haciéndote reír con sus travesuras, llorar de profunda tristeza o explotar de rabia.

En mi caso, esos niños estaban en paz, tranquilos y felices. La mirada siempre puesta en el futuro, siempre atenta al siguiente paso, todo bajo control, ordenado y perfecto, pero llegó ese septiembre de mis emociones..

-“El nódulo es maligno” dijo el doctor.

- ¡¡Imposible!! Le respondí y con esa única palabra, se instaló en mi vida La Negación. Venía ataviada de gran seguridad, ciega, sorda, diciéndome con certeza rotunda que aquel diagnóstico estaba errado. Vamos! Pidamos nuevas opiniones, hagamos más exámenes, pero el cáncer estaba allí y me rondaba como una demoledora realidad.

Pronto la negación decidió abandonarme porque las pruebas de mi condición la derrotaron con abismal certeza. Al marcharse, le dejó la puerta abierta al Miedo quien entró semejante a una tormenta de hielo y me paralizó. Con él instalado como habitante permanente de mi alma, sentí que caía en un negro abismo, en una oscuridad persistente que me nublaba el entendimiento.

Todo se había transformado. Traté de encontrarme, de mirar la cara de esa vida ordenada que tenía, pero el cáncer como un torbellino la había hecho girar, tanto y tan rápido que por un momento me dejó perdida.

No sabía cómo retomar el camino. Estaba agotada y confundida y en esa confusión dejé que entrara a mi corazón La Rabia. No venía sola, su ejército de mil preguntas inundaron mi cabeza.. ¿Por qué yo? Dios, ¿Qué hice para merecer esta enfermedad? ¿Por qué? ¿Por qué?

La rabia, aunque fuerte y empoderada, me había traído un regalo: El Llanto. Lloré, lloré y lloré días enteros, hasta que aliviada y con la mirada limpia, pude finalmente vislumbrar que había un sendero. Me asomé a él serena.. allí estaba El Amor. Fuerte y combativo me tendió su mano con dulzura y percibí que tenía muchos rostros.. Tenía la cara de mi hija, de mi esposo, de mis padres y hermanos, eran también las caras de mis amigos e incluso de personas que nunca había visto. Estaban allí para sostenerme, para acompañarme y librar conmigo la más importante de mis batallas.

Así, con la fuerza del amor me enfrenté a este enemigo poderoso que conocía todas mis debilidades, que sabía cómo atacarme haciéndome vulnerable. La batalla duró mucho, pero cuando al fin pude vencerlo, me miré profundamente y sentí que ya no era la misma. El cáncer había sido un contrincante temible y aunque sé que su presencia aún me ronda, cuando partió me entregó como ofrenda de reconciliación, La Esperanza. Ella luminosa, con su mirada en calma llenó todos los espacios de mi corazón dándome paz.

Llegó un nuevo amanecer. Ya no hay planes ni perfección. La rabia, la pena y el miedo decidieron irse. No sé si en algún momento volverán a visitarme. Mi felicidad ya no está sostenida en grandes paradigmas, sólo tengo la certeza tificante de despertar cada mañana y ver el milagro de la vida en las cosas más sencillas.

